

La colectividad japonesa en Argentina: entre la invisibilidad y el Obelisco.

Gómez Silvina.

Cita:

Gómez Silvina (Noviembre, 2011). *La colectividad japonesa en Argentina: entre la invisibilidad y el Obelisco*. X Congreso Argentino de Antropología Social. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/silvina.gomez/62>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/px4E/xfB>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite:
<https://www.aacademica.org>.

X Congreso Argentino de Antropología Social

Buenos Aires, 29 de Noviembre al 02 de Diciembre del 2011

Grupo de Trabajo:

36- “Ciudadanías migrantes: los paraguayos en Argentina como sujetos en y entre fronteras”

Título de la Trabajo:

La colectividad japonesa en Argentina: entre la invisibilidad y el Obelisco.

Silvina Gómez - Doctoranda en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata, Argentina. Centro de Estudios Japoneses, Instituto de Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de La Plata, Argentina.
silvinab.gomez@yahoo.com.ar

La colectividad japonesa en Argentina: entre la invisibilidad y el Obelisco.

Silvina Gómez

Introducción

El colectivo japonés en Argentina cuenta con más de 50 mil integrantes, entre población inmigrante y descendiente. Desde un punto de vista numérico no ha tenido relevancia en comparación al gran volumen de inmigración mayoritariamente europea que recibió nuestro país entre fines del Siglo XIX y principios del Siglo XX. Sin embargo dada la diferencia fenotípica y cultural de este grupo, se podría haber esperado que llamara la atención dentro de la sociedad como un grupo exótico.

Las bases sobre las cuales se imaginó la nación argentina a finales del Siglo XIX, y que dieron lugar a las políticas inmigratorias de la época, no incluyeron elementos raciales o étnicos que pudieran romper el blanqueamiento poblacional al cual se aspiraba. En este imaginario, el del Crisol de Razas, no tenían lugar las poblaciones originarias, ni tampoco las corrientes migratorias de origen asiático o negro. Incluso la llegada masiva de inmigrantes italianos del sur levantaron sospechas y rechazos, ya que no constituían el perfil poblacional deseado,

El paradigma del Crisol de Razas como base y contexto de la construcción de la identidad nacional argentina hegemónica ha sido el factor principal en el desconocimiento de la diversidad, lo cual llevó a determinados colectivos de inmigrantes a desarrollar estrategias grupales de invisibilización y estrategias adaptativas que permitieran disminuir el conflicto originado en la presencia del diferente. Por ello hablamos de invisibilización, no como marginación o como sinónimo de “argentinización”, sino como un fenómeno con dos caras: por un lado, estrategias de grupos étnicos que preferían pasar desapercibidos, reducir rechazo o no desentonar; y por otro lado, un discurso hegemónico de no reconocimiento de la presencia de dichos grupos como parte del ser nacional, consecuencia de una

construcción nacional unívoca, que sólo concibe la diversidad como parte del pasado o en el mejor de los casos como excepciones aceptables.

Como señala Citro: “las prácticas de invisibilización, además de ser consecuencias del miedo, fueron también “tácticas” ensayadas concientemente por los propios actores, a la manera de un “ardid del débil”, una “acción calculada” (Certeau 1998: 37)” que permitieron redireccionar situaciones de estigmatización” (Citro 2006) y retoma a Goffman cuando indica que los procesos de estigmatización implican roles de interacción en los que el sujeto desacreditable ejecuta técnicas de manejo de la información, para ocultar o borrar los signos del estigma o para administrar la posible tensión que ocasionaría su presencia” Goffman (1970)

El discurso del crisol de razas ha sido sustentado y fomentado por los constructores del relato oficial, el que aparece en los libros de lectura de las escuelas primarias, y que se refiere a la migración de masas a Argentina como sinónimo de una migración europea blanca. Este mismo discurso ha desestimado la existencia de pueblos originarios, y de población migrante de países limítrofes, especialmente de la zona andina.

Como sugieren Monkevicius y Maffia, incluso dentro de la academia, y “a pesar de la extensa producción bibliográfica generada en los últimos años sobre los grupos y las comunidades más visibilizados socialmente, existe una escasez de trabajos que intentan dar respuesta a las formas de inserción, integración y lucha por parte de colectivos menores numéricamente y que se encontraron posicionados por fuera del siempre anhelado crisol de razas” (Maffia, Ballina et al. 2005).

En congruencia con ese razonamiento, encontramos que el colectivo conformado por los inmigrantes japoneses y sus descendientes ha llamado poco la atención, despertando escasos y tardíos intereses. El primer acercamiento académico sobre el grupo es un trabajo que desde una perspectiva geográfica describía una colonia instalada en el Cuyo y data del año 1964. Recién en el comienzo de los años 80, Isabel Laumonier, pionera en las investigaciones sobre comunidades migrantes

asiáticas abordó la investigación de este grupo, realizando su primera publicación en 1984. Un par de años más tarde Horacio Sabarots se asomaba a este colectivo abordando la identidad étnica del grupo y en el año 1990, Maletta y Lepore publicaron los datos recogidos a partir de un censo realizado por la Embajada de Japón. En 1995 Higa realizó algunos estudios sobre este colectivo y a finales de la década del 90 Cecilia Onaha volvió a abordar al grupo desde una perspectiva histórica. A partir del año 2000 han surgido nuevas investigaciones entre las cuales se destacan las de Gavirati Miyashiro y de quien escribe.

Por la otra cara de este proceso se encuentran las prácticas que los miembros de este colectivo, consciente o inconscientemente han llevado a cabo, con el fin de ser aceptados. Haremos un recorrido por algunas de ellas, preguntándonos hasta qué punto este grupo ha procurado pasar desapercibido, y cuáles pueden ser los motivos para un cambio de actitud radical, que en los últimos años los ha llevado a mostrarse con orgullo en algunos de los lugares más simbólicos de nuestro país, como son la Avenida de Mayo, o el Obelisco.

La colectividad japonesa Argentina entre el perfil bajo y el no-reconocimiento.

La emigración japonesa se inició poco tiempo después del inicio de la Era Meiji, en 1868, dirigiéndose mayoritariamente a Hawái a trabajar en las plantaciones de azúcar. Para 1885 más de 30 mil trabajadores japoneses habían entrado a la isla a través de compañías reclutadoras de inmigrantes. En 1889 Hawái fue anexado a Estados Unidos, y se obstaculizaron las contrataciones laborales en la isla, por lo que se estableció una ruta migratoria hacia la costa oeste de dicho país, en busca de nuevas oportunidades laborales. En 1907 se prohibió la migración japonesa desde Hawái hacia el territorio continental. Según las estadísticas registradas de la época, entre 1884 y 1908 alrededor de 125 mil inmigrantes japoneses entraron a Hawái, y más de 75 mil a la Costa Occidental de Estados Unidos (Azuma 2002). Dado el

contexto socio político del momento en Estados Unidos, la migración asiática, era percibida de forma negativa, ya que representaba una amenaza por parte de los sindicatos de trabajadores blancos. Este sentimiento antijapones se materializó en prohibiciones de entrada al país, en huelgas en contra de este grupo, y en reglamentaciones segregacionistas, tal como la que el Consejo de Educación de San Francisco elevó en 1906, separando a los estudiantes japoneses de los blancos. Esta percepción negativa y el progresivo cierre de las puertas de América del Norte¹ a la migración japonesa, promovió una nueva etapa de migración nipona hacia Latinoamérica, especialmente a Brasil y Perú.

La corriente migratoria japonesa a la Argentina se inició a principios del Siglo XX, a la par de otras entradas migratorias cuantitativamente más visibles. Las elites de nuestro territorio no eran ajenas al contexto de rechazo que rodeaba a la migración nipona en América del Norte, y que la visualizaba como la próxima amenaza de oriente, tema sobre el cual volveremos más adelante.

Durante las primeras décadas esta inmigración creció lentamente, como una corriente espontánea, a través de cadenas migratorias establecidas a partir de familiares o coterráneos que ya estaban asentados en estas tierras. Muchos de los japoneses que llegaban a Argentina eran re-emigrantes provenientes de otros países latinoamericanos, especialmente Perú y Brasil. La migración a estos países se produjo a través de acuerdos mediante los cuales los gobiernos de dichas naciones buscaban reemplazo de la fuerza de trabajo esclava en las plantaciones de café y caña de azúcar. Al encontrarse con condiciones laborales y residenciales precarias y no esperadas, cargados con la desilusión de expectativas no cumplidas, volvían a migrar, rompiendo incluso contratos laborales. Las expectativas al instalarse en suelo argentino eran encontrar mejores condiciones de vida, y la posibilidad de juntar un pequeño capital que les permitiera volver a Japón.

¹ En 1907-1908 Se realiza un acuerdo entre los gobiernos japonés y estadounidense llamado Acuerdo entre Caballeros, por el cual EEUU se comprometía a cancelar la reglamentación segregacionista del Consejo de Educación de San Francisco al tiempo que prohibiría la nueva entrada de trabajadores japoneses, y el gobierno de Japón se comprometía a evitar la salida de trabajadores desde su territorio a Estados Unidos. En 1908 Canada sigue este camino a través del Acuerdo entre Caballeros Hayashi-Lemieux.

Como señala Onaha, tan tempranamente como en 1909, la sociedad argentina mostraba signos de preocupación ante el “peligro amarillo” que representaba este tipo de migración, en congruencia con las opiniones norteamericanas sobre el asunto. La prensa lo hacía explícito al manifestar “no ser favorable este tipo de inmigrantes”. En la misma línea se hallaban declaraciones del diario La Prensa, que señalaban que la política inmigratoria argentina era “excluyente de la prestación de auspicios para la incorporación de elementos étnicos que rompan la homogeneidad de la población”. (Onaha 1998). Estas declaraciones se hallaban en concordancia con las ideas preponderantes de las elites argentinas que preferían estimular la migración europea del norte, por considerarla con mejores características civilizatorias, especialmente mayor fortaleza y virtud para el trabajo.

No obstante las opiniones negativas del periodismo argentino acerca del arribo de trabajadores nipones, en medios periodísticos especializados del Japón se alentaba la migración hacia Argentina señalándolo como el país de Sudamérica en el cual se podían conseguir los mejores salarios, y dando algunos consejos acerca de cómo pasar desapercibidos para no despertar reacciones desfavorables (Onaha 1998). Podemos señalar esta estrategia de entrada en grupos poco numerosos como una de las primeras estrategias de invisibilidad que los inmigrantes nipones han utilizado en nuestro país para evitar un rechazo abierto y sistemático.

, Aunque en comparación a la migración significativamente masiva procedente de Italia y España, el colectivo japonés resultaba insignificante desde el punto de vista numérico, la migración japonesa crecía sostenidamente, contando en el año 1912 con 350 integrantes y llegando a los 2000 una década más tarde. Con este abrupto crecimiento también comenzaron a formarse gran cantidad de asociaciones que nucleaban a los nipones, surgiendo en primer lugar las asociaciones regionales, seguidas de aquellas de carácter nacional, y más tarde las de carácter profesional, cultural, deportivo, recreativo y sindical. Asimismo en la década de 1920 se abrió la representación diplomática del Imperio Japonés en Buenos Aires.

La realidad es que más allá de la oposición formal a la migración japonesa de las elites, estos migrantes, en su mayoría hombres jóvenes, se establecieron sin mayores inconvenientes en las ciudades, especialmente Buenos Aires, dedicándose a profesiones en el área de los servicios: primero como choferes de taxis y empleados en las fábricas, y también como mucamos, mayordomos y mozos. De hecho, el diario *La Razón*, el 6 de Junio de 1913 publicaba un extenso artículo donde se preguntaba si los japoneses, rechazados en otros países como Estados Unidos y Canadá, se convertirían en una nueva corriente migratoria en nuestro país, favorecidos por la opinión positiva que las clases altas y medias tenían de ellos como incansables, aseados y prolijos².

Las actividades comerciales fueron otras profesiones que los japoneses abrazaron, abriendo durante las primeras décadas del Siglo XX almacenes, garajes, carnicerías, cafés y tintorerías. Estos últimos tipos de comercio fueron los que más japoneses concentraron y también los que nos darán otro indicio acerca de la invisibilidad de este grupo. En “Historia de la Inmigración Japonesa a Argentina” se menciona que “estas actividades no podían desarrollarse centralizadas en un lugar determinado, sino más bien en espacios fuera de la competencia entre comerciantes japoneses. Así es como fueron dispersándose de La Boca y Barracas hacia otras zonas de la Capital Federal y ciudades del interior del país.” Esta sencilla explicación, nos está dando una pista sobre otro factor que facilitó la invisibilidad de este grupo étnico, a la cual volveremos en ensiguiente.

Sin embargo la visión positiva que se tenía a principios de siglo sobre los nipones y que se acompañaba por una prosperidad laboral relativa, no terminaba de eliminar las inquietudes y temores que estos inmigrantes abrigaban sobre el rechazo de los argentinos hacia su colectivo. Esto fue así sobre todo en el contexto de los conflictos laborales con las patronales de 1919, y las huelgas de los sindicatos obreros, a las que los japoneses no siempre adherían. Al respecto, en abril de 1919 se publicó

² “Historia del Inmigrante Japonés en la Argentina. Tomo I-Período de Pleguerra”

en el *Semanario Bonaerense*³ que “especialmente en Argentina donde la población se enorgullece de ser un país de raza blanca, los japoneses que vivimos aquí no podemos estimar cuando nos veremos afectados por la ola de rechazo, particularmente cuando casi todos los problemas xenófobos contra los japoneses que ocurren en diversas partes del mundo tienen origen en los trabajadores”. Asimismo agregaba que el recientemente creado Sindicato de Trabajadores Japoneses en la Argentina debía mantener buenas relaciones con los otros sindicatos y estar preparados para dar muestras de solidaridad en las huelgas.

Otros conflictos que despertaron preocupaciones en el seno de la colectividad también se dieron en el plano del desarrollo laboral. El temor a una campaña antijaponesa se despertó ante conflictos por la competencia de precios entre los cafés japoneses y de otros orígenes en la década del 20. En la siguiente década este tipo de conflictos por competencia de precios se reeditó, alarmando de nuevo a la colectividad, aunque en relación a la actividad tintorera. Para 1929, en la ciudad de Buenos Aires ya existían alrededor de 230 tintorerías japonesas, algunas de las cuales conformaron la Asociación de Tintoreros Japoneses de Argentina, y en 1935, se creó la Unión de Propietarios de Tintorerías, con una mayoría de miembros de origen español, y sin participación absoluta de los nipones. La opinión que de los mismos tenían en esta asociación se trasluce en los dichos de uno de sus miembros en 1939 en los que descalifica a los japoneses como una raza, sino maldita al menos indeseable y malintencionada, señalando los problemas que causan “por su competencia desleal por sus pobres y miserables condiciones de vida”⁴.

Si a la escasez numérica de la corriente migratoria nipona sumamos su cautela de entrar al país en pequeños grupos para no causar rechazos, y agregamos la necesaria dispersión geográfica urbana que se dio con el establecimiento de los cafés y tintorerías, entonces vamos vislumbrando algunas características incipientes de las estrategias del grupo, aun en sus comienzos. Como consecuencia de estas estrategias, nos encontramos para 1940 con una colectividad japonesa más diversa, que si bien

³ Publicación de la colectividad Japonesa.

⁴ Historia del Inmigrante Japonés en la Argentina. Tomo I-Período de Penguerra”. pg 152.

continúa creciendo numéricamente, llegando a 7000 miembros (mujeres y hombres), y es activa institucionalmente, no parece llamar la atención de la sociedad Argentina.

Pero no debemos olvidar otro factor que ha colaborado al perfil bajo de este colectivo inmigrante, y a su invisibilización, y que no tiene que ver con el modo de entrar al territorio argentino o las zonas de asentamiento, sino con el plano de las representaciones de los mismos migrantes. Nos referimos específicamente a la categoría de súbditos de los inmigrantes japoneses que implicaba no sólo una pertenencia identitaria, sino también un rol impuesto desde el Gobierno Meiji como representantes del imperio. Como señala Azuma, la visión de los líderes Meiji acerca de la emigración de sus súbditos se relacionaba estrechamente con el desarrollo colonial del Japón. En relación a esto, es necesario recordar que en el contexto del desarrollo imperialista japonés, a finales del Siglo XIX, y con la victoria sobre China en la guerra Sino-japonesa (1894-1895), una coalición de líderes del Imperio del Sol Naciente creaba una Sociedad de Colonización con el fin de promover el desarrollo de colonias en el extranjero (Azuma 2002; Azuma 2002). La carga del rótulo de súbditos, pesaba en los emigrantes, que debían comportarse de acuerdo a las expectativas de sus gobernantes, procurando no dañar la imagen de Japón en otras latitudes. Sobre este punto, en Argentina, Higa señala que los japoneses “trataban de inculcar (a sus hijos) nociones de superación, excelencia, tenacidad, etc. no sólo para la competencia, sino también como medio para demostrar la entereza moral de los japoneses” (Higa, 1995).

Durante la II Guerra Mundial, y la declaración de guerra de Argentina a los países del Eje el colectivo japonés se vio nuevamente bajo la lupa, aunque a diferencia de lo que acontecía en otros países del continente americano, esto no tuvo consecuencias traumáticas. Y si bien se vivieron momentos de tensión, albergando temores de ser enviados a los campos de concentración de Estados Unidos, como sucedía con sus coterráneos en Perú, también se encontraron muestras de solidaridad en el pueblo argentino.

Es interesante el episodio que describe el Sr. Furuta, corresponsal del Yomiuri, uno de los diarios japoneses que incluso en la actualidad está entre los de mayor tiraje, quien había elegido la ciudad de La Falda para asentarse hasta tanto se reestablecieran las comunicaciones con su empresa en Tokio. Su relato cuenta que se encontraba en un café muy concurrido de la ciudad cuando las radios locales anunciaron la declaración de guerra. Él, debido a su condición nacional sufrió un gran impacto, y lo primero que atinó a hacer fue mirar la reacción de los otros clientes del café, quienes detuvieron su conversación por un momento para escuchar y luego continuaron sin inmutarse. Más tarde, narra, sus vecinos le expresaron que la situación no alteraría las buenas relaciones con él. (Gómez and Onaha 2008)

En parte este relato, también nos alerta respecto del reconocimiento de los japoneses por la sociedad argentina ¿Esos clientes del café no registraron al japonés en el mostrador? ¿Le restaron importancia? ¿Estaban siendo amables? ¿Su desinterés era generalizado? ¿Su postura tenía relación con verlo como una excepción? Muchos de estos interrogantes no tendrán respuesta, y otros podrán ser el objetivo de otras investigaciones focalizadas en los sucesos de aquel período, que de realizarse echarán luz sobre la visibilidad de los japoneses durante la Segunda Guerra Mundial. Por ahora sólo tenemos algunas voces que muestran que el ambiente no era tan hostil como en otros países. Resta preguntarse si ese clima benigno hacia el colectivo japonés era de tolerancia, de indiferencia o (aún peor) producto del no reconocimiento de su existencia como colectivo migrante.

Otros episodios que restarían estudiar, pero que nos aportan algunos datos de nuestro interés es la creación en 1948 del Centro Católico Japonés, que en su primer año y medio contabilizó más de mil bautismos de “japoneses”, y cuya presidente honoraria fue Eva Duarte de Perón. A fin de otorgarle a este evento la dimensión que representa, debemos recordar que en Japón han convivido por varios siglos diversos sistemas de creencias religiosas entre los cuales han sido predominantes el Budismo y el Shintoísmo. Si bien el Cristianismo hoy día cuenta con gran cantidad de fieles, esto no sucedía en el inicio del S. XX, cuando emigró el grueso del colectivo japonés establecido en Argentina para 1948.

Decimos que resta analizar estos sucesos porque esta institución que organizó eventos tan multitudinarios como una ceremonia de bautismo de 856 personas, también organizó varios festivales artísticos, uno de los cuales contó con la presencia de Juan Domingo Perón. No sabemos aún la trascendencia que estos acontecimientos tuvieron en los medios argentinos, aunque nos indican con cierta claridad que al menos parte de la colectividad japonesa estaba dejando algunas de sus estrategias de invisibilidad por detrás... ¿o estaban elaborando otras nuevas?

¿Por qué esta pregunta? Vale preguntarse si la ceremonia del Bautismo en particular o en general la adscripción a la religión católica no fue una de las estrategias utilizadas por el colectivo japonés para “argentinizarse”, en una sociedad que se precia de ser completamente católica, y más aún en aquel momento histórico⁵.

Sabemos que aún hoy sus rasgos fenotípicos los distinguen del grueso de los argentinos. En las entrevistas realizadas es un elemento que se reitera, el ser reconocido como diferente debido a la “portación de rasgos”, pero eso no significa sólo ser reconocido como diferente, sino que muchas veces tiene como consecuencia también ser pensado como extranjero. Así a las personas entrevistadas no les resulta extraño que les pregunten de qué país son o si nacieron en Japón. Aun cuando la respuesta sea que son argentinos, se les adjudican atributos asociados a Japón que implican entre otras cosas un amplio conocimiento sobre tecnología. Tampoco es inusual para los jóvenes descendientes de japoneses que les griten “chino” o “coreano” en la calle, o aún cosas más fuertes. Un ejemplo de este tipo de pensamiento es el siguiente comentario a un video de la comunidad japonesa argentina:

“que hermosas las chicas japonesas que tocan los tambores! que raza más bella. Lo que no entiendo es por qué viven en argentina, si Japón es una superpotencia y esta mil veces mejor económicamente, allá ganarían mejor sueldo y tendrían mejor calidad de vida.

Que tiene Argentina que les gusta tanto? ¿Alguna belleza japonesa me lo podría explicar? :)”

⁵ No fue hasta 1953 que se consagró la Libertad de Cultos en la Constitución Nacional Argentina, bajo el gobierno de Juan Domingo Perón.

Consideramos que ante la imposibilidad de ocultar o cambiar sus rostros que denotan la diferencia cultural, buscaron otros medios de pasar desapercibidos y comenzar a formar parte de la sociedad de acogida, elaborando una estrategia que sirviera tanto para su invisibilización como para su incorporación al ser nacional. Las fronteras étnicas entonces se hacían más permeables en una de las áreas sociales de mayor visibilidad, pero sin perder características diferenciadoras en el ámbito privado. El bautizar a los hijos, el ir a la iglesia algunos domingos, permitía y permite reducir distancias sociales perceptibles con el grueso de la sociedad argentina, más aun considerando que muchos de los hijos de japoneses asistieron a escuelas católicas. Sin embargo, en el dominio de la vida privada permanecen prácticas relacionadas al origen y al grupo, que reflejan los umbrales de la identidad étnica. Aún hoy, en muchas de las familias católicas japonesas se llevan a cabo prácticas budistas, como las ceremonias de los 49 días, o la mantención de un pequeño altar familiar en el hogar. Como señala Onaha, es llamativo que un alto porcentaje de los encuestados en el Mapeo sociocultural de grupos de inmigrantes y sus descendientes en la provincia de Buenos Aires que señaló el catolicismo como su opción religiosa (80%), señalaran que al menos uno de sus padres profesaba el Shintoísmo y/o el Budismo (61%) (Onaha 2002). De la misma forma, otros aspectos sociales como el de los matrimonios mantiene un alto nivel de endogamia, de 83% para los hombres de origen japonés y 92% para las mujeres.

Cambios hacia adentro del grupo, transformaciones en la sociedad argentina y nueva visibilidad.

Encontramos que desde hace algunos años la colectividad japonesa toma una postura más pública, tanto para los festejos como para las manifestaciones, dejando de lado aquellas estrategias de invisibilización que mencionamos antes.

Una de estas ocasiones se suscitó en el año 2008, a partir del conflicto ocasionado por el vencimiento de los plazos para el entierro de basura en la localidad

de Ensenada, Provincia de Buenos Aires, por parte del CEAMSE⁶. Esto implicó la búsqueda de nuevas localidades donde hacer los rellenos sanitarios, y una de las opciones barajadas por el gobierno de la Provincia de Buenos Aires fue un predio cercano a la localidad de Colonia Urquiza, en las afueras de la Ciudad de La Plata. A partir de este conflicto la colectividad se organizó junto con organizaciones vecinales de localidades cercanas para rechazar la instalación de los rellenos sanitarios en la zona, cortando calles y haciendo charlas informativas.

El presidente de la Asociación Japonesa La Plata de aquel entonces, hijo de inmigrantes, nos contaba que él estaba organizando a los integrantes de la colonia, y que aunque muchos “mayores” le decían que no se metiera, que los japoneses no actuaban así, a él, como argentino, como vecino, le parecía que había que movilizarse cortando caminos, y haciendo manifestaciones públicas. En este relato debe notarse como un primer factor de transformación, la aparente apertura que el cambio generacional imprime a la colectividad.

En Agosto de 2008 también se organizó en la Ciudad de Buenos Aires, el evento central dentro del marco de los festejos del Centenario de la Inmigración Okinawense a Argentina. Se realizó un desfile por la Av. de Mayo, en el que participaron 1200 personas y concurrió un público aproximado de 40.000 personas.

La Avenida de mayo, desde la Plaza de Mayo a la Avenida 9 de Julio se encontraba decorada con banderines japoneses y argentinos en cada farol. Cientos de mujeres desfilaban vistiendo tradicionales kimonos, con sombreros, sandalias de madera y guirnalda de flores, todas iguales para la danza “Eisa”, mientras les seguían decenas de jóvenes vestidos en uniformes oscuros, con chaquetas en rojo o amarillo, tocando sincronizados los tambores del Taiko, haciendo movimientos precisos, y dando gritos que erizaban la piel. Por detrás cientos de amantes del karate, pertenecientes a distintas escuelas hacían demostraciones del arte marcial de origen

⁶ CEAMSE es la sigla con la que se denomina a la Coordinación Ecológica Área Metropolitana Sociedad del Estado. Una entidad mixta, en parte pública, en parte privada, que se encarga del destino final de los residuos menos “degradables” del área metropolitana de Buenos Aires, a través del método de relleno sanitario en zonas de la Provincia de Buenos Aires.

okinawense al tiempo que se movían a través de la Avenida de Mayo. Muchísimas personas okinawenses residentes en distintos países del mundo transitaban detrás de pasacalles con sus denominaciones, llevando pancartas, y banderitas con sus colores. Varias instituciones de la colectividad también desfilaron, con pancartas, banderitas, y muchas sonrisas.

El evento que fue organizado por el Centro Okinawense Argentino (COA) con el auspicio de la Secretaría de Cultura de la Ciudad de Buenos Aires se constituyó en una verdadera fiesta, que duró varias horas. Los periódicos nacionales hicieron eco del acontecimiento con fotografías que ilustraban lo pintoresco y relatos dignos de los diarios de viajes del Siglo XIX.

El periódico de tiraje nacional, El Clarín, retomaba las palabras del presidente de COA: "Festejamos el centenario de nuestra inmigración al país porque, en 1908, llegó el primer barco de okinawenses al Brasil, y dos de ellos se instalaron en Buenos Aires -explicó Seibun Komesu, presidente del Centro Okinawense en la Argentina-. Para nosotros esta celebración sirve para agradecer a nuestros padres, que llegaron desde el Japón, y también a la Argentina por habernos recibido".

También aparecen los testimonios de invitados de honor, procedentes de ambas orillas. Katsuko Asato, la vicegobernadora de Okinawa decía: "Esta fiesta es una oportunidad para fomentar el intercambio entre culturas y personas", mientras el ministro de Cultura de la ciudad, Hernán Lombardi afirmaba: "Quisimos que en estos festejos dialoguen dos culturas, hermanando al taiko y al tango".

Otro evento de gran relevancia fue el que se realizó el día 16 de Mayo de 2010, a efectos de los festejos del Bicentenario de la Nación Argentina. En dicha ocasión participaron Grupos de Taiko de varias provincias, Grupos de Danza Japonesa y Okinawense y nuevamente escuelas de Karate, al tiempo que fue organizado por el gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, la Embajada del Japón en Argentina y la Federación de Asociaciones Nikkei en Argentina (FANA). Debemos destacar que si bien el evento tuvo publicidad, y fue importante para la colectividad japonesa, no formó parte de los festejos centrales, que tuvieron lugar entre el 22 y 25 de Mayo.

Otro caso de manifestación pública, aunque con un carácter diferente, es el de la Agrupación de Tintoreros Tradicionales Autoconvocados de la Ciudad de Buenos Aires, que desde el año 2009 se moviliza a fines de manifestarse en contra de la Ley 1.727 del Gobierno de la Ciudad, que les inhabilitaría para seguir con la actividad tintorera del modo tradicional a partir del año 2015.

El 24 de Junio de 2009 realizaron un evento de protesta frente a la jefatura de Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires en la cual cortando parte de la calle, con discursos y megáfonos al ritmo de los tambores taiko, expusieron su lucha, sus sentimientos de injusticia, y sus esperanzas. Uno de los discursos que se escucharon en el evento relataba lo siguiente:

“100 años de historia de la colectividad, 100 años de historia de la cultura japonesa, es la primera vez que se manifiesta de esta manera. Toda una historia de mucha honradez, de mucho esfuerzo. Hoy gracias a ellos somos lo que somos. Estamos pidiendo al Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires la libertad de elección del trabajo, y no que nos caduque hasta el 2015. Somos pequeños comerciantes, no somos industrias, como nos catalogan... Es una ley que está hecha a la medida de las grandes empresas. No queremos confrontar, no queremos ir al choque, sólo queremos el dialogo y que tengan la comprensión de todos nosotros.”

Como señala el relato, era la primera vez que la colectividad japonesa organizada se manifestaba públicamente en las calles para reclamar por sus derechos. La protesta, en la que no faltaron banderitas de Japón y Argentina, kimonos, tambores, pancartas y pasacalles, parecía casi un festival cultural, como los que hemos presenciado en el 2008, en ocasión de los festejos del Centenario de la Inmigración Okinawense a Argentina, o en el año 2010 durante los festejos del Bicentenario de nuestra nación. Es evidente que la intención de la movilización no era ser una mera protesta, sino que también se pretendía una explícita visibilización, desde las marcaciones étnicas más llamativas, aquellas que en otras ocasiones se han utilizado con fines festivos. Este juego de utilización de los diacríticos que los distinguen con

distintos fines nos habla de una seguridad del grupo y una apertura hacia la sociedad de acogida.

Otros hechos a destacar son los originados a raíz del tsunami y terremoto en Japón de Marzo del 2011, en los cuales la colectividad japonesa argentina organizó gran cantidad de actividades solidarias para colaborar de distintos modos con el país de sus ancestros. Una de las actividades que se realizaron se originó casi espontáneamente, y aunque la cantidad de personas que acudieron no fueron muchas, el lugar elegido, el obelisco, es simbólico de nuestro país. Allí fue donde se reunieron algunas personas de este colectivo, con banderas pintadas en sus caras, y pancartas que decían en español y japonés “Fuerza Japón”, con ideas de hacer un video para enviarlo y darles esperanzas, y de enviar mil grullas, para que la nación se cure.

Consideraciones Finales

Comenzamos este recorrido revisando antecedentes históricos del colectivo japonés que brindan indicios acerca del perfil bajo cultivado por este grupo. Un perfil bajo que podría leerse como la única causa del escaso reconocimiento que este grupo tuvo en nuestro país como parte de las migraciones antiguas. Sin embargo sabemos que el reconocimiento de un grupo étnico o nacional, o la falta del mismo suele construirse desde lugares de poder, tanto de poderes hegemónicos como desde poderes subalternos. Los grupos migratorios no deseados, aquellos que no poseían las características anheladas (cultura civilizatoria europea, piel clara, fortaleza física evidente) a los ojos de las elites nacionales, han sido en muchos casos estigmatizados, y si bien por momentos parecía ser ese el camino que transitarían los japoneses, como sucedió en Estados Unidos, esto no fue así.

Como hemos expuesto, algunas de las razones han sido producto de las estrategias del grupo por mantener un perfil bajo, a fin de no desentonar a pesar de la innegable presencia. Por otro lado, ha existido una contradicción en la percepción por parte de la sociedad argentina respecto de este colectivo, y mientras desde algunos sectores de las elites de principios de Siglo XX veían con aprensión el arribo de

nipones, algunos autores señalan la existencia de un prejuicio positivo hacia “los japoneses”, basada en la “alta cultura” nipona (Higa, 1995b). Pensamos que es posible que este prejuicio positivo, ligado a estereotipos culturales acerca de los japoneses como trabajadores, esforzados y honestos, hayan contribuido en la lenta pero certera visibilización de este colectivo migrante.

Las formas de mostrarse públicamente de este grupo en los últimos años, así como la mayor frecuencia, demuestran un perfil más expuesto, que tiene como consecuencia una mayor visibilidad del colectivo en la sociedad argentina. Como señalamos anteriormente, algunas explicaciones a este respecto pueden relacionarse con el cambio generacional al interior del grupo, por medio del cual los descendientes han tomado posiciones más relevantes en la estructura organizacional y han desplegado nuevas estrategias de reivindicación, a nivel no sólo cultural, sino también laboral. Otras explicaciones, que no desarrollaremos aquí en profundidad, pueden relacionarse a la construcción de identidades étnicas transnacionales, mediante las cuales los migrantes japoneses y sus descendientes refuerzan su sentido de pertenencia al grupo (Gómez, 2008).

Por otro lado, existen factores externos que contribuyen a este proceso, entre ellos, algunas transformaciones en la sociedad de acogida, que promueven un contexto nacional de mayor tolerancia de las diferencias, o al menos de algunas diferencias. En otra escala, a partir del reposicionamiento económico de Japón a nivel internacional, se percibe la influencia de una política cultural japonesa *for export*, que mediante la mercantilización de algunos elementos culturales, ha puesto en valor, diacríticos de la identidad nacional japonesa, facilitando de este modo su reivindicación como colectivo, y su visibilidad por parte de la sociedad argentina.

Si bien esta es una primera aproximación al tema, nos deja entrever algunos de los factores que consideramos inciden en ese cambio que va desde una virtual invisibilidad a autoafirmaciones en los lugares más emblemáticos de la nación argentina, como son la Avenida de Mayo o el Obelisco.

Bibliografía

ANDERSON, B. *Comunidades Imaginadas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1998.

AZUMA, E.. Historical Overview of Japanese Emigration, 1868–2000. *Encyclopedia of Japanese Descendants in the Americas: An Illustrated History of the Nikkei*. Kikumura-Yano, Rowman and Littlefield Publishers: 32–48. 2002.

AZUMA, E.. Japanese American Historical Overview, 1868-2001. *Encyclopedia of Japanese descendants in the Americas: an illustrated history of the Nikkei*. Kikumura-Yano, Rowman and Littlefield Publishers: 276-292. 2002.

BARTH, F., "Los grupos étnicos y sus fronteras. La organización social de las diferencias culturales", Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1976

BJERG, M., *Entre Sofie y Tovelille. Una Historia de los Inmigrantes Daneses en la Argentina (1848-1930)*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2001

BRIONES, C., *La alteridad del "Cuarto Mundo". Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Ediciones del Sol, Buenos Aires, 1998.

FEDERACIÓN DE ASOCIACIONES NIKKEI EN LA ARGENTINA, *Historia del inmigrante japonés en Argentina: período de preguerra*, Buenos aires, 2004.

FEDERACIÓN DE ASOCIACIONES NIKKEI EN LA ARGENTINA, *Historia del inmigrante japonés en Argentina: período de posguerra*, Buenos aires, 2006.

GÓMEZ, S. "Historias Nikkei, historias transnacionales" *IX Congreso Argentino de Antropología Social* [Online]. Available: <http://caas.org.ar/images/mesas21al32/mesa23/ponencia%20gomez%20silvina%20pdf>. 2008.

GÓMEZ, S. AND C. ONAHA. "Asociaciones Voluntarias e Identidad Étnica en grupos de Inmigrantes japoneses y sus descendientes en Argentina." *Revista Migraciones*(23): 207-235. 2008.

HIGA, M., "La problemática identificatoria de los inmigrantes japoneses y sus descendientes en Argentina". Ponencia presentada a las V Jornadas sobre Colectividades, Buenos Aires, 1995.

LAUMONIER I., "La colectividad japonesa, una ruptura, una adaptación", en *Revista Sekai*, Buenos Aires, 1984.

LAUMONIER I., "Los japoneses en Argentina", en *Migraciones. Revista de la Dirección Nacional de Migraciones*, Buenos Aires, 1991.

LEPORE, S. Y H. MALETTA. "La Colectividad Japonesa en la Argentina", en *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Año 5, N°15-16, 1990, pp. 425-520.

MAFFIA, M., S. BALLINA, ET AL.. "Las asociaciones de inmigrantes extranjeros y sus descendientes en la Provincia de Buenos Aires. Espacios y tiempos de Identidad". *Studi Emigrazione. Internacional Journal of Migration Studies*(159). 2005.

ONAHA, C., "Inmigrantes japoneses en la Argentina de 1910: bienvenidos o rechazados?", en *Revista Estudios de Latinoamérica y el Caribe*. Publicación de la Asociación de Estudios de Latinoamérica y el Caribe de Tsukuba, Nro.4, mayo de 1997, pp.48~61.

ONAHA, C. "Características de la inmigración japonesa en la Argentina." *Revista CANELA*(IX). (1998).

ONAHA, C. "Inmigrantes Japoneses sus descendientes en la Provincia de Buenos Aires". In: MAFFÍA, M. (ed.) *¿Donde estan los inmigrantes? Mapeo Sociocultural de grupos de inmigrantes y sus descendientes en la Provincia de Buenos Aires*. La Plata: Ed. Al Margen. 2002.